

El papel de los medios de comunicación en la problemática del VIH/sida en Guatemala

Laura E. Asturias

Han pasado casi 15 años desde el inicio de una pandemia que, lejos de disminuir, flagela cada vez más a la humanidad. Alrededor del mundo, este hecho ha motivado a los medios de comunicación a reflexionar acerca de su aporte para detener el avance del VIH/sida.

Y en particular en países como el nuestro, con un subregistro de casos tan elevado que impide visibilizar el impacto real de la enfermedad, los medios de comunicación y periodistas independientes debemos tener inequívocamente claro el papel profesional que nos corresponde, de cara a una epidemia que estará presente, y en forma cada vez más evidente, en las próximas décadas. En el mundo, más de 30 millones de personas viven hoy con el VIH o con sida. Nuestro país aporta cada día, silenciosamente, su cuota de casos a las cifras globales.

Los medios de comunicación pueden incidir potentemente en el curso de cualquier situación. Esto es una verdad ya sea que se trate de información relacionada con el manejo de fondos públicos, la actuación de las autoridades estatales o los intereses de la empresa privada. En otros países, han incidido también en el caso del VIH/sida. Aquí, sin embargo, el gremio periodístico, en su conjunto, no ha despertado aún a la necesidad de sumarse al combate contra la epidemia. El tratamiento ha sido casuístico, sin atención integral a la problemática. Un reflejo, quizás, del pobre liderazgo del Estado durante la mayor parte de la epidemia en el país.

Posiblemente pensamos que nuestra tarea debe limitarse a recopilar y divulgar información. No obstante, el arrollador avance del VIH/sida exige una firmeza y una determinación que sean congruentes con el impacto que está provocando: en las familias, en el sistema nacional de salud, en la economía. Requiere que demos ese paso adicional porque, mucho más que el mero traslado de información, el periodismo relacionado con el VIH/sida tiene que ver con motivar cambios en actitudes y prácticas muy arraigadas que impiden la contención de la epidemia.

Para empezar tendríamos que asumir, con plena conciencia, el hecho de que el VIH/sida es fundamentalmente una infección de transmisión sexual. Así lo confirman los datos oficiales también en Guatemala, donde el virus se transmite por medio de las relaciones sexuales sin protección en el 94 por ciento de los casos.

Asumir esa conciencia implica, para quienes nos hemos involucrado en la comunicación social, revisar nuestra propia postura frente a la sexualidad y las diversas expresiones de la actividad sexual.

¿Somos capaces, al elaborar una nota o un reportaje, de dejar fuera nuestros prejuicios personales y hacerlo con objetividad?

¿Pensamos, en el fondo, que las prostitutas son “mujeres malas” que “contaminan” a los hombres?

¿Creemos que los hombres, por parecer muy hombres o muy machos, sólo tienen relaciones sexuales con mujeres? Y cuando nos enteramos de que no es así, ¿los calificamos inmediatamente como homosexuales y los colocamos a un nivel muy inferior al de los “verdaderos hombres”?

¿Somos conscientes de la magnitud del abuso sexual y del incesto en nuestro país?

Y fundamentalmente, ¿nos hemos visto, al nivel más íntimo, como personas que podemos estar expuestas a esta infección, al igual que el público que nos lee o escucha, como consecuencia de nuestras actitudes y prácticas sexuales?

En el plano profesional, cabría preguntarnos cuál ha sido la ética asumida por nuestros medios de comunicación frente al VIH/sida.

¿Hemos sólo aprovechado la noticia, cuando ésta nos ha saltado al paso? O por el contrario, ¿hemos reconocido, en nuestras amplias posibilidades de difusión masiva, la oportunidad histórica y valiente de generar conciencia en la sociedad acerca de la gravedad de esta infección?

¿Hemos ayudado a corregir las creencias erróneas asociadas a la transmisión del virus y, sobre todo, los múltiples mitos acerca de las personas que viven con la infección?

¿Hemos contribuido a visibilizar el hecho de que el sida es una enfermedad que no discrimina a nadie, que es una cuestión de prácticas inseguras, pero que algunos grupos están más expuestos que otros a la infección debido a la marginación y a las situaciones de alto riesgo en que deben vivir?

Y, en este orden, lo básico: ¿tenemos, como periodistas, la libertad personal y profesional para usar términos como “sexo anal”, “semen”, “pene”, “vagina”? ¿O son palabras proscritas por nuestros medios de comunicación?

Es posible que el gremio periodístico necesite educarse a sí mismo y despojarse de sus propios mitos y prejuicios antes de intentar realizar una cobertura adecuada en el campo del VIH/sida. Y ahí están, para orientarnos, para educarnos, las personas directamente afectadas por la enfermedad. Están las y los activistas de esta lucha. Está también el personal de salud pública cuando ha sido debidamente capacitado en la materia. Y están las muchas organizaciones no gubernamentales con trabajo en VIH/sida, que además requieren que les demos una mano en las imprescindibles tareas que realizan.

El VIH/sida ha traído consigo situaciones que raras veces trascienden a la opinión pública. Se trata de mucho más que una enfermedad mortal. Es mucho más que estadísticas oficiales que no consiguen reflejar la realidad. Es mucho más que “gente infectada” que “contagia” a más gente.

Me permitiré citar a Joe Davidson, quien en 1988 era reportero de la Oficina en Washington del diario *The Wall Street Journal* y catedrático de periodismo en la Universidad de Harvard. Escribió Davidson, acerca de las preguntas que deben guiar la actividad periodística relacionada con el sida:

¿Qué está haciendo el gobierno respecto a la enfermedad en clínicas y hospitales públicos? ¿Qué está haciendo con el presupuesto? ¿Qué educación relacionada con el sida se ofrece a agentes de policía y bomberos? ¿Es correcta esa información?

¿Cómo han respondido el sector privado, las empresas y los pequeños negocios? ¿Han sido tratadas injustamente por sus patronos las personas que viven con VIH o con sida? ¿Cómo están respondiendo los barrios a la presencia de un hospicio que atiende a personas que viven con sida? ¿Se menciona el sida como causa de muerte en las esquelas? Y si no se le menciona, ¿por qué? ¿Hay atletas afectados por la infección que continúan su actividad deportiva pese a la enfermedad? ¿Hay iglesias colaborando activamente en la lucha? ¿Están transmitiendo información correcta las y los columnistas o conductores de programas de radio y televisión—o son parte del problema?

Hasta aquí la cita de Davidson.

Detrás de cada caso hay una historia que una acuciosa tarea periodística puede buscar y encontrar con sólo raspar un poco en la superficie. Detrás de cada caso hay un relato que habla de múltiples violaciones a los derechos fundamentales: de un vergonzoso analfabetismo; de falta de información básica y no prejuiciada sobre la sexualidad y las relaciones sexuales; de la negación del acceso a los servicios de salud y la inhumana privatización de los mismos. Un relato que nos habla del profundo estigma asociado a las enfermedades de transmisión sexual; de la desesperación de la pobreza y la miseria que obligan a vender el cuerpo para alimentar estómagos hambrientos; de niñas y niños que viven la más cruel de las explotaciones en las calles del país. Y más recientemente, de la discriminación existente en la limitada provisión de medicamentos para tratar la infección.

¿Cuáles principios podrían orientar nuestro aporte, como periodistas, al combate del VIH/sida?

Un periodismo profesional se mantiene vigilante de cara a esta epidemia, como lo hace en otras áreas que afectan seriamente a la sociedad.

Un periodismo centinela está encima de las autoridades estatales para exigir la asignación de suficientes fondos para el combate de la epidemia y vela por la responsable utilización de los mismos en una atención integral del problema.

Un periodismo responsable no permite que un grupo privilegiado y fundamentalista que se opone al uso del preservativo, como es el caso en Guatemala, se arrogue el “derecho” de detener una campaña estatal de información y prevención, consensuada por especialistas en la materia y que ayudaría a salvar las vidas de miles de personas.

Un periodismo digno no utiliza las vidas y las imágenes de las personas que viven con VIH/sida para “hacer noticia”, sin anticipar las consecuencias que tal manejo de la información pueda provocarles. Por el contrario, reconoce que no es la cobertura casuística, ni el uso de chivos expiatorios o historias de horror, lo que motiva al público a cambiar actitudes y prácticas. El sensacionalismo vende. También lastima la humanidad de la gente.

Un periodismo humano se solidariza con aquellas personas que hoy, en todos los estratos sociales, en toda su diversidad humana, deben enfrentarse a la realidad de convivir con una infección mortal.

Un periodismo visionario sabe que la protección de las futuras generaciones empieza por proteger el presente de la niñez y la juventud de hoy.

Un periodismo consciente no olvida su función orientadora hacia las transformaciones de fondo requeridas para cambiar el rumbo de esta epidemia. Y también sabe que uno de los principales retos para detenerla es conseguir el compromiso honesto y decidido del liderazgo político. De nada sirve lograr que el mismo presidente de la República se pronuncie con aparente conocimiento y consternación sobre la situación en ocasión del Día Mundial del Sida—como ocurrió en 1997—si, pasados algunos meses, ese mismo funcionario le da la espalda a esta lucha permitiendo la cancelación de la campaña de información y prevención.

Un periodismo alerta mira a través de la hipocresía. Y la denuncia también en nombre de quienes no pueden hacerlo.

Ponencia presentada en el foro «Impacto Social del Sida en Guatemala»
La Bodeguita del Centro ~ 17 de noviembre de 1998 ~ Ciudad de Guatemala
Comentada en la [Guía para la cobertura del VIH/sida](#)
(The Kaiser Media Fellowships in Health | Fundación Huésped), págs. 37-38.

Laura E. Asturias

Guatemalteca, feminista y traductora

Co-fundadora de la [Plataforma 51 de Guatemala](#)

Co-fundadora de la publicación feminista [LACUERDA](#)

le Asturias@gmail.com ♦ www.transwiz.org